



**Centro para la Participación y el Desarrollo Humano Sostenible**

<http://www.cepad.org>  
Calle Cobija 548, Santa Cruz, Bolivia

## Cultura y Arte en Bolivia: Una Visión Prospectiva

\* Guadalupe cajias

***Este ensayo fue elaborado como parte del Curso Internacional "Bolivia: Entre los Andes y la Amazonía. La Participación Popular, el Modelo de Descentralización Boliviano" que se dictó en Badajoz, España, con la colaboración del CEPAD.***

**Introducción.-** Hace dos décadas, un periodista español buscador de locaciones para un programa televisivo sintetizó con asombro la esencia de Bolivia: "He encontrado todos los paisajes, todos los colores, todos los tiempos históricos juntos." La diversidad, de la cual se ha dicho tanto en estos días, es la matriz para entender las particularidades geográficas y culturales de Bolivia, así como sus procesos históricos y sociales. La Ley de Participación Popular tuvo la certeza de construir el proceso a partir de esa complejidad y, al mismo tiempo, logró reflejar la memoria colectiva que ha guardado los fragmentos de una historia de dominación, resistencia y coexistencia. Esa manera de pasar por los siglos ha permitido al país asomarse al nuevo milenio como la nación más latinoamericana y el territorio que mejor guarda los dones de la naturaleza: espacio, silencio, aire y agua.

País de paradojas, aquello que para

**“Si todo en América eran excesos en mares, montañas, selvas y llanos, en el espacio donde actualmente está la República de Bolivia, se hace más evidente esa falta de medida”**

una visión es su retraso, para otra es su potencial. Un ejemplo: la producción de alimentos precaria y sencilla es fuente de vitalidad y todavía no ha sido absorbida por extraños genes y combinaciones químicas. Podría dar seguridad alimentaria con políticas más autóctonas e inteligentes. La dificultad de acumular dinero es compensada por la amabilidad de sus habitantes. La ternura es pues otro rasgo que acompaña a la diversidad. Así lo verá el visitante que pasa por la plaza de Urubichá y escucha a cualquier hora los violines interpretados por los niños indígenas; o va por el Lago Titicaca y conoce al único pueblo donde todos nacen, viven y mueren construyendo zampoñas y flautas. Aún los rudos mineros, traen en el morral de combate su cachorro de dinamita, un puñado de coca y su instrumento musical.

No es un país para ver "by night", sino uno de los últimos rincones del planeta donde la cultura ha permitido un espacio para el descanso, para el diálogo. No es un lugar donde se respire miedo, sino más bien un exagerado amor por la libertad, como bien definió el Libertador Si-

món Bolívar a Bolivia.

**Espacio y pensamiento.-** Permítanme trabajar esta breve monografía con una mirada larga, pues temo que sólo desde ella podemos entender la visión prospectiva que quiero proponer. Por ello es imprescindible un retroceso de 500 años e imaginar el espacio geográfico y cultural del primer encuentro/choque entre hombres renacentistas y otros hombres, mujeres y niños que vivían su propio y particular desarrollo.

Si todo en América eran excesos en mares, montañas, selvas y llanos, en el espacio donde actualmente está la República de Bolivia, se hace más evidente esa falta de medida. Todo aquí es de extremos y no de medias tintas. No sólo eran montañas, sino cumbres de nevados eternos, invencibles. Los anchos ríos parecían mares. El lago no podía contentarse con ser sólo tal, sino el más alto y donde, dicen los poetas, el azul ha sido inventado. Tenía leguas y leguas de páramo, los más altos y extensos. Los árboles no terminaban en el bosque, sino eran intocadas selvas, inexpugnables, mágicas y misteriosas. La floresta quedaría como la reserva añorada por toda la humanidad. Tenía riquezas, no una mina, sino la Mina. Sumaj Orko o Cerro Rico de Potosí que daría nombre propio a la abundancia. A la vez, muerte y desolación.

Estos despropósitos han marcado siempre a los bolivianos. Cuando llegaron los españoles, trajeron una lengua que no alcanzaba para describir todo aquello. Tenían palabras para realidades que acá no existían y les faltaban vocablos y conceptos para explicar esos paisajes. Hasta hoy no hay palabras en español para nombrar, por ejemplo, los

casi estoraques que circulan a la ciudad de La Paz. Menos se podía tener voces para comprender los procesos culturales y la historia propia de esas regiones.

Esta asintonía ha persistido y aún ahora el español y la lógica aristotélica no son suficientes para entender un espacio, un paisaje y unos habitantes que se han desarrollado ajenos a esa otra acumulación de ideas y formas. Además, los forasteros asumieron una actitud que continúa en este siglo y que también dificulta la comprensión del tejido social y las expresiones culturales en Bolivia.

Desde un principio se trató de calificar a las sociedades originales de América, a sus estados y civilizaciones con parámetros y categorizaciones contruïdos fuera de esa realidad. Se habló de formaciones esclavistas, feudalistas, repúblicas liberales; más tarde se trató de inventar el "socialismo inca", cuando nada de ello corresponde para describir sociedades y culturas como la andina, la amazónica y la que conocemos como sociedad boliviana.

Los cronistas, de esencia renacentista, intentaron atrapar lo que no entendían incorporando en sus relatos descripciones de una realidad no cotidiana, que habría de dar desde entonces, y más en los últimos años del Siglo XX, la dimensión de un realismo mágico para contar sobre América. Poco tenían que ver esos relatos con la producción de la misma época en Europa, sea de un William Shakespeare o de un Miguel de Cervantes. Lo que para ellos eran fantasías de sueños o de desequilibrios mentales, acá era

parte de las relaciones entre los seres humanos y el espíritu de las cosas. Como ejemplo bastan algunas páginas de la Historia de Potosí redactadas por el ilustre Bartolomé Arzans Orzúa y Vela en el Siglo XVII.

Después de esas primeras obras que intentaron encontrar articulaciones entre el bagaje cultural que ellos traían y lo que aquí encontraron, los nuevos documentos fueron más burocráticos y rutinarios, perdiéndose el asombro inicial. Salvo las excepciones de escritos religiosos en territorios recién incorporados en el Siglo XVIII. Por su parte, los vencidos no podían aprovechar la lengua nueva y mucho menos el prodigio de dejar la memoria de su paso por la tierra en documentos escritos, en libros impresos. Una de las pocas excepciones fue Guamán Poma de Ayala con su crónica sobre los incas. En cambio, mantuvieron y aprovecharon otros lenguajes para recordar a sus antepasados y para burlar a la colonización. Resistencia inteligente que significa para Bolivia, en pleno Siglo XXI, ser la nación más latinoamericana, la única que tiene como mayoría de sus habitantes a los originarios de los Andes, de los llanos y de la Amazonía.

**Afirmación Colectiva.-** El desarrollo cultural en lo que ahora conocemos como Bolivia es una afirmación de colectividades que defendieron sus dioses y con ello su lengua, sus cultos, sus calendarios, sus costumbres, sus bailes, su música. Todo aquello que se resume en la palabra más subversiva: la fiesta. Aunque hubo batallas, guerras, cercos y masacres, la resistencia y construcción cultural se centró en tomar los espacios públicos: el atrio de la iglesia pueblerina, el cato de la producción agraria, la plaza y las calles urbanas.

En diferentes documentos de la colonia atesorados en el Archivo Nacional de Bolivia, en Sucre, uno encuentra referencias de aborrecimiento desde el poder a lo lúdico. Existe una condena temprana de los funcionarios a las prácticas paganas de consumir hierbas tramosas, como la coca o el tabaco. Resumimos algunas descripciones de observadores como el Padre Bernabé Bobo o, siglos después, el visitador Francisco de Paula Sanz, y de otros para mostrar la hipócrita censura que se hacía a las prácticas de acullicar, de fumar en círculos de iniciados, muchas veces con otras hierbas alucinógenas.

Se pueden rastrear las fiestas, las malas costumbres de embriagarse, fornicar y alegrarse, y a la vez las reacciones de la mirada occidental, civilizadora. A principios del Siglo XX, por ejemplo, un comentarista decía para el pueblo minero de Corocoro, que las malas costumbres y las devociones a hechiceros y cerros dañaban a la población originaria. A mediados de esa misma centuria, las empresas inglesas que explotaban mineral querían la prohibición del consumo de alcohol que en las festividades patronales embriutecía a los hombres y causaba mal a las mujeres. O, hace un lustro, la policía quería terminar con gases lacrimógenos el baile ritual, de risa y muerte, que es el Tinku en el norte potosino, donde el zapateo terminará en una lid para sembrar la tierra con la sangre de sus hijos más jóvenes y valientes.

Habría que esperar a una visión desde afuera, la que trajo el historiador

francés Nathan Wachtel en los años 60 y a las contribuciones de la antropóloga Julia Elena Fortún para entender que toda aquella algarabía era en realidad la visión de los vencidos. Wachtel asistió durante varios años a los preparativos y al desarrollo del Carnaval de Oruro – fiesta declarada como Patrimonio Oral e Intangible de la Humanidad por la UNESCO – donde se dio cuenta que la coreografía y la estética que invadía las calles de la ciudad más minera y más mágica de Bolivia, no era casual y que respondía a una profunda y compleja red donde estaban presentes elementos básicos de la cosmovisión andina y de su resistencia.

La complementariedad, la armonía entre la tierra, el subsuelo y el vuelo; la reciprocidad entre el que tiene riqueza y comparte con su compañero; la relación del hombre y la mujer, la fecundidad como don de los dioses, son las lecturas profundas de esas danzas. La lucha entre el cóndor y el toro representa la batalla entre los habitantes andinos y los colonizadores y, por lo menos en el baile, el cóndor gana y ridiculiza al torero, un bailarín simplón y sin el poder de la máscara. En fin, todo estaba ahí.

Por su parte, la doctora Fortún sistematizó algunos estudios y versiones que ya habían sobre la original y sorprendente relación que se da en el centro de la fiesta, en el baile conocido como la "diablada", donde se enfrentan el bien y el mal. Sin embargo, aquel Lucifer, el Supay, es a la vez dueño de las riquezas mineras, dador de empleo y señor de los socavones. La fiesta coincide con la festividad de la Virgen de la Candelaria, identificada con la madre Tierra Pachamama y que despierta gran devoción entre

los andinos. Es a la vez la Virgen del Socavón y la defensora de los perseguidos, de las prostitutas, de los excluidos.

En los últimos 30 años, decenas de estudios han mostrado que esa y otras fiestas son las guardianas de la memoria colectiva, del culto a los antepasados y de la permanencia de una forma de hacer música, tejer vestidos, enamorar a las muchachas. Es el arte escénico por excelencia, en plena calle, al aire libre.

Las investigaciones sobre el Carnaval coinciden con una etapa en la cual el contexto político social boliviano y latinoamericano volvía los ojos a lo propio, lo originario o mestizo, hacía un lugar diferente a los demás. Como otra paradoja, mientras el mundo se globalizaba y se homogeneizaba, en Bolivia se consolidaba una aculturación de abajo hacia arriba, donde el baile es la cuña de los vencidos para entrar en el salón de los vencedores. Las fiestas patronales/agrícolas, que eran marginadas, tomaron el centro de la ciudad. Aquello que era una anécdota y apenas una noticia de tercera página, se convirtió en el titular de los medios de comunicación, desde los preparativos hasta el reventón. Los jóvenes que bailan rock, aprendieron a bailar como caporales o como tinkus; ambas son habilidades para lograr la socialización con los amigos.

El baile es el ladrillo que lleva todo boliviano, ahí donde esté, en Chicago o en Estocolmo. Antes de la oleada xenófoba contra los bolivianos en Buenos Aires, las primeras represiones fueron contra sus "pestres", que no se contentaban con la misa, sino que tomaban las calles y rompían

el orden del tráfico y del trabajo y convertían a Santiago en el dios del trueno, Illapa, y a la Virgen María en Mamita de Copacabana. Al mismo tiempo, y dentro de esa dinámica de reencuentros, se prestó atención a otras riquezas culturales, menos masivas, pero que también reflejaban dominación, resistencia y coexistencia.

En la última década, el país ha descubierto un mundo semiclandestino que sobrevivía en los llanos. La recuperación arquitectónica de las iglesias de las misiones jesuíticas en el oriente boliviano, abrió un caja de tesoros: diseños, partituras, colores, tejidos. El Festival de Música Barroca que se celebra en esas estribaciones de la cordillera es encuentro de dos mundos, y muestra una frescura y una capacidad que hace pensar que los sueños son reales.

Nuevos estudios permiten conocer el rol de los hechiceros entre los grupos arawacs y otros de la selva, calificados hace menos de 30 años como "salvajes" y "chunchos". Es más, la humanidad entera reconoce que debe aprender de la resistencia de estos hombres y mujeres porque su idea de tierra/territorio y su relación con el bosque, pueden ayudar a salvar el planeta. Por su parte, Bolivia aprende – no sin dolor – que aquello que en los años del positivismo se llamó "el problema del indio" es su principal identidad y riqueza.

**“La recuperación arquitectónica de las iglesias de las misiones jesuíticas en el oriente boliviano, abrió un caja de tesoros: diseños, partituras, colores, tejidos. El Festival de Música Barroca que se celebra en esas estribaciones de la cordillera es encuentro de dos mundos, y muestra una frescura y una capacidad que hace pensar que los sueños son reales”**

**Expresiones individuales.-** Las expresiones individuales en las distintas áreas tradicionales de la cultura son en Bolivia muy limitadas, menos originales, y no han sido capaces todavía de lograr una propuesta universal a partir del trabajo local. Hace un año, un muralista italiano me preguntaba por qué en Bolivia con semejante paisaje no se había dado un Miguel Ángel o una escuela vanguardista capaz de pintar al Lago Titicaca, retratar La Paz que es un cielo dado la vuelta, los campos de maíz, los trigales, las montañas. Después de un mes de vagar por pueblos del Altiplano, él mismo encontró una hipótesis: la fuerza de la naturaleza en Bolivia absorbe a la humanidad y a un individuo no le alcanzaría la vida y las técnicas para alcanzar a pintar el gran cuadro sobre el Illimani, o un retrato que fuese el retrato de la vigorosa raza aymara. Mucho se puede discutir y seguramente habrán opiniones e interpretaciones de diferentes puntos de vista.

La novela, la narrativa en general, ha estado impregnada por el paisaje y también por la presencia indígena. Sin embargo, acá la mayor dificultad ha estado en las limitaciones de la lengua y en la dificultad de los escritores de poner palabras que suenen auténticas en los diálogos de sus protagonistas indígenas.

La lista es larga. Un reciente cuento premiado, Delfín del Mundo de Francisco Cajías, ha merecido elogios por ser uno de los primeros intentos de escribir desde el otro lado. Por otra parte, una nueva generación de intelectuales aymarás se prepara a incursionar en la literatura y esa propuesta es todavía una incógnita. En cambio los jóvenes prefieren olvidar el sesgo antropológico y lo escrito en el último lustro es urbano y casi calca de lo que otros jóvenes escriben en Nueva York o en Santiago de Chile.

La poesía tuvo mayores méritos para acercarse a lo propio y desde ahí intentar un reflejo de ese torrente que es Bolivia; o de una ciudad absolutamente surrealista como La Paz. En cambio, en cine, y gracias a una individualidad como es Jorge Sanjines, Bolivia sí ha logrado dar una dimensión de la tragedia humana a las tristezas y desventuras de los colonizados. Una película como "El Coraje del Pueblo" es una obra maestra del lenguaje cinematográfico y a la vez una lección de cómo aprovechar la estética de los rostros ajados y de las manos callosas de un pueblo sufrido, pero además artista.

La llegada del argentino César Brie y su "Teatro de los Andes", que trabaja en la comunidad de Yotala, ha abierto por primera vez una posibilidad de hacer de lo original boliviano un lenguaje universal. Brie, de formación humanista, ha podido incorporar esas expresiones de la fiesta, de los velorios, de las risas y de los llantos andinos a argumentos de alcance universal. Ha logrado que la visita de un amigo campesino y

de la viuda quechua a la tumba de un minero, se convierta en expresión de todo el dolor humano. La obra, aplaudida tanto en Cádiz como en Colquiri, en Sao Paolo, Miami, Milán, Sucre o Quito, es ya un clásico del teatro latinoamericano.

**Visión prospectiva.-** Estas dos últimas experiencias nos muestran el camino futuro que puede y debe seguir la cultura y el arte en Bolivia. Si bien hay una realidad urbana, y un pico en la pirámide social ampliamente identificado con la globalización y esa capa latinoamericana integrada en Miami, no es desde esa perspectiva que Bolivia va a lograr comprenderse a sí misma. Y una vez más volvemos a la Participación Popular pues el reconocimiento oficial a lo originario, a lo propio, amplió el espacio para el pensamiento y la práctica cultural propias del país.

Quizá a estas alturas, alguno se esté preguntando y qué es lo propio, y qué es lo original. En verdad, ninguna expresión es pura. Quizá el tinku y las vestimentas en el Norte de Potosí, donde viven los indígenas que no permitieron el ingreso de forasteros, sea lo más cercano a la pureza. O los tejidos de los jalkas, o las casas de los chipayas.

No hablamos de esa pureza, sino de esa cultura que se ha construido con aportes de lo que había y de lo que llegó, sin perder su originalidad y su lectura rebelde. Así, por ejemplo, la vestimenta de las cholitas en la metrópoli paceña, puede hacer creer que es originaria. La historia nos muestra que es una imposición después de la insurrección del indígena Julián

Apaza, "Tupac Katari": pollera como faldón español, manta como mantón de Manila, lencería europea, zapatos planos de torero y por último el sombrero que fue una moda traída por un comerciante italiano a inicios del Siglo XX. Sin embargo, las trenzas largas y la terquedad de mantener una moda ajena a lo que pasa en las pasarelas de París o New York, son su originalidad. La vestimenta, sobre todo en la mujer, no es sino un ejemplo de una serie de expresiones culturales que nos revelan ese mundo único, el más latinoamericano, que está en Bolivia.

Hablaremos de los alimentos que han sobrevivido a los desprecios europeos y hoy aparecen como salvadores: la quinua, el tarwi, el amaranto, la cañahua, las frutas del bosque; o los aceites de los árboles amazónicos y la amplísima biodiversidad, flora, fauna que hacen ver que el subdesarrollo puede traer la felicidad.

Cuando decimos que la Participación Popular ha permitido valorar lo propio, pensamos también en la Reforma Educativa, en el rescate simbólico y práctico de los idiomas originarios. Si el español no era suficiente para describir la realidad de América, el aymara ahora no tiene posibilidades de inventar vocablos para la modernidad. Pero el aprendizaje de ambos está dando una nueva generación de intelectuales con un pie acá y otro allá y un potencial de comprensión del mundo pequeño y del mundo ancho y ajeno. Aunque todavía tibiamente,

encontramos manifestaciones de lo mestizo como una calidad asumida conscientemente. Y otra vez el baile, la fiesta, nos lo revelan.

Hay una apertura del país urbano, del país con un Eje Central, al país de las fronteras, de las orillas, de los bordes y en ese intercambio, ganan todos. Ni duda cabe, que las personas que son capaces de entender distintas concepciones del mundo son a la vez más ilustradas, más sabias, más tolerantes y más frescas. Tienen renovadas cosas que decir al mundo y el mundo puede y debe escucharlas. No es repitiendo esquemas, adoptando ideas pensadas para otras realidades, que Bolivia aportará al mundo. Es desde su mismidad, que Bolivia esa una vanguardia digna

---

\* Historiadora y Directora de la Unidad de Lucha contra la Corrupción del Gobierno de Bolivia.